

Actitudes críticas y «conciencia social» entre los estudiantes durante el franquismo (c. 1950-c. 1975)

Carlos Fuertes Muñoz¹

Universitat de València
carlos.fuertes@uv.es

RESUMEN: *El objetivo del artículo es reflexionar de forma panorámica sobre el creciente avance de las actitudes críticas entre los estudiantes españoles a partir de los años cincuenta, con su consiguiente distanciamiento de la dictadura franquista. Se prioriza el análisis de testimonios retrospectivos de universitarios, si bien estos serán contrastados con otras fuentes, como las encuestas o los informes oficiales y diplomáticos. Después de constatar el alcance y límites de la extensión de las actitudes críticas entre la juventud estudiante de los años cincuenta, sesenta y setenta, se estudian diversas dimensiones y factores que contribuyen a explicarlo. Entre otras conclusiones, se enfatiza que el cambio actitudinal iba mucho más allá de la demanda de mayores libertades políticas, asociándose también con transformaciones morales y culturales, así como con el desarrollo de una «conciencia social» ante las desigualdades y problemáticas socioeconómicas.*

PALABRAS CLAVE: **Franquismo; estudiantes; historia de la educación; universidad.**

* El presente trabajo se ha realizado en el marco del proyecto «Modelos curriculares y competencias histórico-geográficas del profesorado para la construcción de identidades inclusivas» (INLUCOM, PID2021-122519OB-100), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

Siglas de Archivos: Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid (AGA); National Archives of United Kingdom, Kew, Londres (NAUK); Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Madrid (AHPCE); y Archivo Histórico de Comisiones Obreras del País Valenciano, Valencia (AHCCOOPV).

¹ ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-8158-7138>

Critical attitudes and «social conscience» among students during the Francoist regime (c. 1950-c. 1975)

ABSTRACT: *The article seeks to offer a panoramic perspective of the advance in critical attitudes among Spanish students as of the nineteen fifties, with their consequent distancing from Franco's dictatorship. The main focus is on analysing the retrospective testimonies of university students, contrasting these with other sources, such as surveys or official and diplomatic reports. After considering the extent and limits of critical attitudes among the student youth of the Fifties, Sixties and Seventies, the article examines various dimensions and factors that help to explain these. Among other conclusions, I emphasize that attitudinal change went far beyond the demand for greater political freedoms to include moral and cultural transformations, as well as the development of a «social conscience» with regard to inequalities and socio-economic problems.*

KEY WORDS: Francoism; students; History of Education; college.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Fuertes Muñoz, Carlos, «Actitudes críticas y “conciencia social” entre los estudiantes durante el franquismo (c. 1950-c. 1975)», *Hispania*, 82/272 (Madrid, 2022): 669-696. <https://doi.org/10.3989/hispania.2022.018>.

INTRODUCCIÓN

La juventud estudiante durante la dictadura franquista ha sido un sujeto de estudio abordado desde disciplinas muy diversas, como la historia de la educación, la didáctica de las ciencias sociales, la historiografía contemporánea, las ciencias políticas o la sociología. Entre otras cuestiones, se ha recalcado el fracaso o, si se quiere, los notables límites de los proyectos de educación política de las nuevas generaciones impulsados por la dictadura y, en particular, por el falangismo, a través de asignaturas, libros de texto, el control del profesorado o las organizaciones juveniles². De forma paralela y relacionada, otros trabajos han analizado el desarrollo del movimiento estudiantil antifranquista en las facultades universitarias a partir de mediados de los años cincuenta, atendiendo a sus formas de organización y estrategias de protesta³. Conectando con estas dos líneas de trabajo y en estrecho diálogo con las plurales investigaciones precedentes, el objetivo de este artículo es profundizar en las actitudes críticas tanto entre la vanguardia activista como entre sectores más amplios de los estudiantes universitarios.

² CRUZ OROZCO, 2001. VALLS, 2009. SÁEZ MARÍN, 1988. RODRÍGUEZ, 2010. RUIZ CARNICER, 1996.

³ COLOMER, 1978. MARAVALL, 1978. HERNÁNDEZ SANDOICA, RUIZ CARNICER y BALDÓ 2007. CARRILLO LINARES, 2008. RODRÍGUEZ TEJADA, 2009.

Con el foco puesto en los años cincuenta y sesenta, priorizaremos el análisis de testimonios retrospectivos de estudiantes, utilizando igualmente otras fuentes de interés como encuestas o informes internos oficiales, diplomáticos o de las organizaciones antifranquistas⁴. En un primer apartado, trazaremos una panorámica general sobre el creciente distanciamiento de la dictadura entre la juventud estudiante desde finales de los años cuarenta, subrayando, entre otras dimensiones, el importante desarrollo de una «conciencia social» crítica con las desigualdades y problemáticas socioeconómicas. En los siguientes apartados, en cambio, analizaremos algunos de los factores o experiencias cotidianas que permiten comprender o explicar dicho proceso. Así, en un segundo apartado nos detendremos en la incidencia del control social y la represión en la concienciación crítica del alumnado universitario. En el tercero, analizaremos el fracaso del modelo educativo franquista, asociado, a su vez, al éxito de las reivindicaciones estudiantiles de carácter académico y a la creciente influencia del profesorado crítico. En el cuarto apartado, en fin, nos detendremos con mayor detalle en el contacto con otros valores, referentes estéticos y realidades sociales a través de diversas experiencias relacionadas con el ocio, la cultura y la solidaridad.

DISTANCIAMIENTO Y MALESTAR ENTRE LOS ESTUDIANTES

Los especialistas que se han interesado por las actitudes sociopolíticas de los universitarios desde mediados de los años cincuenta han enfatizado la escasa identificación de los estudiantes con el falangista Sindicato Español Universitario (SEU) y el modelo de universidad franquista. Así como, paralelamente, la necesidad de un creciente y elevado consenso estudiantil —por pasivo que fuese con unos compañeros— y de docentes antifranquistas que actuaron cada vez más «a cara descubierta» y que de otro modo no habrían podido mantener tan elevado grado de actividades públicas y protegerse de la represión⁵. Esta fue de hecho una percepción extendida entre las élites franquistas, tal y como apuntan diversas investigaciones basadas en documentación generada por los propios organismos y cuadros de la dictadura, que han puesto de manifiesto con claridad el creciente interés respecto al «problema» juvenil y estudiantil⁶.

⁴ La mayor parte de las fuentes manejadas fueron rastreadas y/o construidas durante una investigación realizada en el marco de una tesis doctoral, véase FUERTES, 2015.

⁵ RUIZ CARNICER, 1999: 146 y 149. HERNÁNDEZ SANDOICA, 2008: 100. RODRÍGUEZ TEJADA, 2009, vol. 2: 422-423, 426-428 y 440-443.

⁶ YSÁS, 2004: 1-48. MOLINERO e YSÁS, 2008: 47-51. IGLESIAS DE USSEL, 2006: 503-508.

Las percepciones de las autoridades se basaban, entre otras fuentes y evidencias, en encuestas de opinión entre la juventud, las cuales ilustran, a pesar del contexto político en que fueron realizadas, el temprano y creciente avance entre los universitarios de las actitudes críticas y distantes con la realidad socioeconómica y política de la España franquista. La primera encuesta a universitarios, realizada en 1947 por Manuel Fraga y Joaquín Tena, detectaba una mezcla de elevado interés político y rechazo a intervenir directamente en la política oficial, algo que puede ser leído en términos tanto de una difusa disconformidad con el régimen como de una extendida percepción del activismo político como fuente de problemas, asociada a la memoria traumática de la guerra⁷. Dos encuestas encargadas por el SEU, en 1949 y 1950, dejaban claro, por su parte, la expansión del escepticismo y la percepción crítica del gobierno. El 90 % de los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, por ejemplo, manifestaba una «indiferencia increíble hacia los problemas políticos». Aunque, se decía, solo una minoría se encuentra «en un periodo de evolución de la indiferencia a la demagogia» de los grupos de oposición, la mayoría se mostraba preocupada por su futuro laboral y particularmente molesta con el contraste entre la retórica oficial y la inacción estatal ante las desigualdades sociales y la extendida miseria. Un malestar alimentado, según estos informes del SEU, por la escasez de determinados alimentos y bienes, el mercado negro, la corrupción, el chabolismo o el bajo presupuesto de las universidades⁸.

En 1953, un estudio del psicólogo social José Luis Pinillos sobre los estudiantes de la Universidad Central de Madrid detectaba, junto a una mayoría «conservadora» e «indiferente», un muy destacado 38 % de universitarios presentados como «radicales», ambiguo calificativo que, en cualquier caso, puede ser indicativo de una cierta predisposición a la acción y el rechazo de lo existente. En 1955, el mismo investigador observaba que se había producido un aumento del inconformismo y la hostilidad estudiantil con instituciones clave como la propia Universidad, el Ejército, la Iglesia y el Estado, a quienes se criticaba, especialmente, su extendida incompetencia, inmoralidad e inacción ante unos problemas sociales por los que se manifestaba una destacada sensibilidad. La incompetencia en las minorías políticas era percibida por un 74% de los entrevistados, cifra que subía hasta el 85 % al hablar de inmoralidad. Aunque en menor medida, casi la mitad de los encuestados —un 48 %— percibían inmoralidad en una Iglesia de la que denunciaban su escasa labor social entre la clase trabajadora. Dentro de un magma actitudinal complejo, en el que se intuye también la influencia de ciertos eslóganes falangistas, el 80 % de los estudiantes percibía la existencia de tensiones de clase que eran achacadas al

⁷ FRAGA y TENA, 1949. RUIZ CARNICER, 1999: 146-147.

⁸ CAZORLA, 2010: 189-190.

sistema capitalista, apostando un 60 % por un cambio político y considerando un 65 % que España acabaría desembocando en un sistema socialista⁹. En diciembre de ese mismo año y tan solo dos meses antes de los trascendentales «sucesos de febrero», el rector de la Universidad Central de Madrid y destacado intelectual falangista, Pedro Laín, elaboró un informe sobre la «situación espiritual de la juventud española». En este, afirmaba que la masa estudiantil vivía «por ahora bastante más cerca de la indiferencia reticente que de la preocupación apasionada», incidiendo en que, por lo general, se hallaba «efectivamente distanciada de cuánto estima «oficial» y puede seguir en el futuro caminos muy diversos de los que hoy ofrece nuestro Movimiento»¹⁰.

Ciertamente, las autoridades académicas y políticas tomaron pronto conciencia de la escasa eficacia del proyecto ideológico falangista/franquista entre la juventud y, concretamente, del SEU, cuyo creciente agotamiento fue claramente percibido en los años siguientes. Así, por ejemplo, en 1962, el gobernador civil de Valencia describía unas Falanges Universitarias que «se mantienen difícilmente, con poca actividad y escaso prestigio», en una universidad en la que «imperan (...) como nota predominante (...) un gran escepticismo ante los planteamientos políticos». Con gran agudeza, señalaba que «este indiferentismo» era peligroso: «En cuanto encierra una dosis de no conformismo y de recelo entre la gente joven a incorporarse» al Movimiento, «plantea la existencia, a la larga, de unas masas fáciles de prender por influencias del extranjero o por cualquier tendencia que, en un momento determinado, lograra impresionarles». Como confirmación de dichos temores, en 1964, el jefe provincial del Movimiento insistía en cómo, frente a la «dispersión y atonía» de los falangistas, se asistía a una creciente «labor de proselitismo» de católicos y valencianistas, que «sigue proyectándose hacia los estudiantes»¹¹.

En conjunto, las encuestas e informes mencionados coincidían en que, aún desde el predominio de la pasividad y un aparente desinterés político, un sector no despreciable de la juventud universitaria de los años cincuenta y primeros sesenta, estaba lejos de estar satisfecha e identificada con lo que le ofrecía tanto la universidad como el Estado franquista y pilares clave de su sistema de dominación, como la Falange o la Iglesia. Dicho ambiente contribuye a explicar el progresivo avance del movimiento estudiantil democrático —acelerado a partir del cambio de década— y la disolución gubernamental, en 1965, de un SEU que, según su principal estudioso, pronto se convirtió en «un gran armazón burocrático, con escasa mordiente política» e incapaz de generar adhesión al ideario falangista. Algo que Ruiz Carnicer relaciona, entre otros muchos factores que

⁹ RUIZ CARNICER, 1999: 147-148.

¹⁰ YSAS, 2004: 2.

¹¹ *Memoria Anual del Gobierno Civil de Valencia*, AGA, Interior, cajas 44/11696 (año 1962) y 44/11696 (año 1964).

analizaremos en los siguientes epígrafes, con la «contradicción invencible» entre la retórica revolucionaria fascista de «justicia social» que se propagaba entre los estudiantes y una práctica social y política reaccionaria, inspirada por los principios del nacionalcatolicismo e incapaz de resolver las notables problemáticas y desigualdades socioeconómicas de la larga posguerra¹².

La disolución del SEU no supuso, sin embargo, una mayor tranquilidad para la dictadura, pues, como ha estudiado minuciosamente Pere Ysàs, el malestar y las protestas en las universidades se convirtieron, desde mediados de los sesenta, en una de las principales «fuente[s] de preocupaciones para los dirigentes franquistas». Estos tendieron a percibir, desde entonces, un mayor alejamiento de la dictadura entre una mayoría de estudiantes «pasiva pero complaciente» con el movimiento estudiantil y que, aunque «despreocupada», se movía «a remolque de las minorías» antifranquistas¹³. Esta complicidad pudo verse reforzada por la existencia, entre un amplio sector de la sociedad española, de actitudes críticas con la situación socioeconómica, cultural y política de la España del «desarrollismo» y el «tardofranquismo», pese a los esfuerzos de la dictadura por presentarse como garante de una «apertura» y un «progreso» que muchos percibieron como insuficientes¹⁴. Esto es lo que sugieren las encuestas sociológicas del periodo, cada vez más numerosas y con mayor muestra y rigor metodológico¹⁵.

En esta línea apunta la «Encuesta Nacional de la Juventud» realizada en 1968 desde el Instituto de la Juventud, dependiente de la falangista Delegación Nacional de Juventudes. Apoyándose en sus resultados se elaboraron los materiales de un curso sobre «Sociología Juvenil», impartido por dicho organismo en abril de 1970 para la «Capacitación de Alumnos de Magisterio» como «Instructores Elementales de Juventudes». En estos se señalaba que «la juventud de hoy es quietista», «escéptica» y «quiere seguridad, dinero», siendo «grande la tendencia a desentenderse de la participación en tareas políticas colectivas». Sin embargo, paralelamente se subrayaba que, «cuando los tienen» sí «expresan su deseo de que se abran cauces a la expresión de sus ideales políticos», destacando, asimismo, que «existe la tendencia a considerar que la organización socialista de las relaciones económicas es la más justa y adecuada para España», una «convicción» que era «mayor a medida que aumenta el nivel de

¹² RUIZ CARNICER, 1996, 506-507. El fracaso del SEU debe relacionarse con la paralela ineficacia entre los y las universitarias de otras iniciativas como las Milicias Universitarias o el Servicio Social de la Mujer. Véase BALDÓ, 2000. Y debe encuadrarse, asimismo, en las actitudes sociales hacia el conjunto de las organizaciones juveniles falangistas. Véase también FUERTES, 2018a.

¹³ YSÀS, 2004: 1, 2, 17-19, 23, 38 y 43.

¹⁴ FUERTES, 2017.

¹⁵ Visiones de conjunto sobre las encuestas de los años sesenta y setenta. Véase SEVILLANO, 2000. MORÁN, 2013.

estudios». Esta variable se apreciaba también en la «relación con la generación anterior», con una «actitud crítica frente a los mayores», que «se acentúa entre los jóvenes que tienen más estudios». El nivel educativo potenciaba, igualmente, el general «abandono» entre los jóvenes «de las posiciones más rígidamente dogmáticas» en planos como «la tolerancia religiosa y política», «una mayor flexibilidad en las normas sexuales» o la «igualdad de la mujer frente al hombre», observándose «una mayor indiferencia hacia la religión en medios universitarios»¹⁶.

Una ponencia presentada por José Mariano López Cepero, del Instituto de la Juventud, ese mismo año 1970, al Congreso Internacional de Sociología celebrado en Bulgaria, profundizaba en el análisis de la encuesta de 1968, atendiendo a dichas diferencias en función del nivel de estudios. Entre otras cuestiones, se destacaba que los estudiantes lamentaban con mayor rotundidad que los jóvenes agricultores u obreros una escasa «influencia de la generación joven en la política del país», auto-percibiéndose con una «visión más realista del mundo actual» que «la generación mayor» y una mayor capacidad para promover «con eficacia el desarrollo y el progreso de nuestro país». El autor concluía apuntando cómo, en sintonía con lo que estaba ocurriendo en otros países occidentales con los que las nuevas generaciones de españoles compartían transformaciones socioeconómicas y culturales, el «inconformismo», la autoestima sociopolítica y el deseo de participación aumentaban paralelamente con la «mayor preparación cultural o profesional de los jóvenes»¹⁷.

Ciertamente, como plantearan diversos sociólogos y politólogos del tardo-franquismo y la transición a partir de esta y otras encuestas, junto a la variable edad, el factor educación se convirtió en un elemento diferenciador clave en las actitudes sociopolíticas de los españoles durante la última década de la dictadura. Los diversos estudios apuntan, entre otras cosas, a una mayor extensión de las actitudes críticas y favorables a la democracia detectable ya en los estudiantes de bachillerato, y confirmada con mayor rotundidad entre aquellos que habían pasado por la universidad¹⁸. Algo que, entendemos, es sumamente indicativo, en una etapa vital clave en la configuración de culturas políticas, de la importancia de las experiencias de socialización cotidiana en los institutos y, especialmente, en las facultades de los años cincuenta, sesenta y setenta. Experiencias de diverso tipo que, como veremos en los siguientes apartados, ilustraron, al tiempo que impulsaron, tanto la creciente ineficacia del modelo

¹⁶ *Apuntes de Sociología Juvenil*, AGA, Cultura, Delegación Nacional de Juventudes, caja 235.

¹⁷ *Algunos aspectos sociológicos de la juventud trabajadora en España. Congreso Internacional de Sociología*, AGA, Cultura, Delegación Nacional de Juventudes, caja 235. Puede consultarse una versión publicada en LÓPEZ CEPERO, 1970.

¹⁸ TORREGROSA 1972. LÓPEZ PINA y LOPEZ ARANGUREN, 1976. DE MIGUEL, 1978. LÓPEZ PINTOR, 1981.

franquista de control y socialización de los estudiantes como la paralela incidencia de los activistas antifranquistas y de referentes socioculturales muy alejados de la cultura oficial.

REPRESIÓN Y CONCIENCIACIÓN CRÍTICA

Una de dichas experiencias o dimensiones remite a la concienciación crítica respecto al ambiente de intenso control sociopolítico y represión que se respiraba en las facultades y otros espacios de la vida universitaria. Este, ejercido principalmente por militantes de extrema derecha (del SEU y otras organizaciones posteriores) y por policías, se hizo cada vez más visible y explícito a medida que los estudiantes antifranquistas fueron ganando «zonas de libertad» para la realización de actividades diversas desde los últimos años cincuenta. En este sentido, un primer momento clave corresponde a los llamados «sucesos de febrero» de 1956 en la Universidad de Madrid, cuando la convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes al margen del SEU, impulsada por estudiantes antifranquistas —entre ellos, no pocos hijos de vencedores—, fue respondida con una violenta reacción falangista y policial. Esta respuesta represiva, como ocurriría muchas otras veces desde entonces, tuvo efectos contraproducentes, al generar no solo miedo y pasividad, sino también alejamiento de la dictadura, algo que encajaría con los deseos de libertad y tolerancia expresados en las encuestas que acabamos de analizar¹⁹.

El ambiente que rodeó a los «sucesos de febrero», primeras manifestaciones destacadas de protesta estudiantil durante la dictadura, fue claramente percibido por los diplomáticos británicos, que lo consideraron «la primera grieta seria» en las estructuras de poder franquista y destacaron su impacto más allá de Madrid, señalando el cónsul de Bilbao que habían generado «una sensación tremenda aquí». En opinión del embajador británico, las protestas de los universitarios madrileños expresaban un menor conformismo y una mayor predisposición a la crítica y la protesta entre una nueva generación de estudiantes «que no ha conocido la Guerra Civil». Asimismo, señalaba que debían considerarse «una manifestación externa del malestar resultante» de múltiples factores relacionados con el más amplio contexto de la época, tales como la percepción negativa de una extendida precariedad material, corrupción y censura. Un factor clave, en cualquier caso, era, a sus ojos, el creciente deseo de participación de los estudiantes en la gestión universitaria, el cual chocaba con la obligato-

¹⁹ YSÀS, 2004: 1-3. MESA GARRIDO, 1982.

riedad de la afiliación estudiantil al SEU, con el control ejercido por este y con la falta de auténticas elecciones libres de representantes estudiantiles²⁰.

Consciente de esta situación, el SEU trató de mejorar su imagen permitiendo la elección, aparentemente libre, de delegados de curso y consejeros a partir de 1957. Sin embargo, ello alimentó, entre finales de los cincuenta y primeros años sesenta, especialmente en Madrid y Barcelona, aunque también en Valencia y otras ciudades, una expansión del antifranquismo organizado de izquierdas, fundamentalmente del Partido Comunista de España (PCE) y del Frente de Liberación Popular (FLP). En efecto, los estudiantes antifranquistas promovieron el abstencionismo como forma de denuncia del control falangista de los candidatos y, cuando fue posible, el «entrismo» mediante «candidaturas incoloras» presentadas como apolíticas, contribuyendo con ambas estrategias a debilitar enormemente las ya frágiles estructuras sindicales oficiales²¹.

La sensación de control y de falta de libertad en la elección de los representantes sindicales tenía, desde luego, efectos negativos que iban mucho más allá de los estudiantes de izquierdas. Un ejemplo muy ilustrativo al respecto es el de Salvador, estudiante de medicina en la Universidad de Zaragoza a finales de los cincuenta, cuyo perfil expresa la profundidad de la crisis del SEU y el alcance y complejidad del cambio de actitudes entre los universitarios. Proveniente de una familia católica conservadora y claramente identificado con la dictadura franquista aun desde el presente —«Franco lo que dejó fue una España próspera»—, evoca, sin embargo, críticamente —y de forma espontánea— las imposiciones de candidatos por parte de la jerarquía del SEU. Encajando con su autorrepresentación como persona independiente y con criterio propio, este informante destaca la buena acogida que tuvo entre sus compañeros su discurso crítico al respecto y su decisión —animado por ello— de presentarse a las elecciones:

Había un sindicato que era el SEU (...) al que forzosamente pertenecíamos, me parece que era forzoso pertenecer a ese sindicato. Y cuando había elecciones en los cursos para delegado de curso, (...), bueno, pues el SEU proponía a uno, y yo estaba en disconformidad. Yo allí en la Universidad en Zaragoza dije: «Aquí que se presente quien quiera, no el que te impongan desde arriba». Porque era de ideología falangista, era de derechas, franquista, etc., etc.: es decir, yo también soy de derechas, pero sé dónde está el límite entre el abuso y el uso de las cosas. Bueno, pues eché yo una especie de mitin en clase un día y me instaron a que me presentara, y

²⁰ NAUK, Foreign Office, 185/1767 (27-1-1956); 498/10 (14-2-1956); 371/130322 (*Annual Review of Spain for 1956*).

²¹ RUIZ CARNICER, 1996. RODRÍGUEZ TEJADA, 2009, vol. 1: 266 y 311-312.

me presenté para delegado de curso. Si había 113 votos saqué 98, o sea gané las elecciones de una manera impresionante para delegado de curso²².

Más allá del control de las elecciones, otros fenómenos represivos más explícitos y reactivos, como las detenciones de activistas antifranquistas, cargas policiales en el entorno de los campus o cierres de facultades durante los años sesenta y setenta, dañaron enormemente la imagen de la dictadura también entre estudiantes poco o nada implicados en el movimiento estudiantil. Ciertamente, la percepción de una represión excesiva, desproporcionada, frente a actividades pacíficas e, incluso, sin excesivo contenido político, como revistas poéticas, semanas culturales o asambleas sobre problemas estudiantiles muy concretos, era un factor que debilitaba al franquismo, fomentando actitudes críticas, incluso aunque muchos estudiantes no se atreviesen a participar en acciones de solidaridad con los represaliados²³.

Juanjo, por ejemplo, encajaría en dicha descripción. Proveniente de una familia extremeña de clase media y educado en el conformismo con la dictadura, estudió Derecho en la Universidad de Salamanca entre 1961 y 1966. Vivir en un colegio mayor del SEU no le hizo más receptivo hacia el sindicato falangista, aunque sí favoreció la percepción de su función de control y una derivada prudencia política a la hora de hablar con otros compañeros: «Ahí tenías que ser discreto». Aunque no llegó a participar en ninguna asamblea ni se implicó activamente en el movimiento estudiantil, estaba al tanto de que se hacían «reuniones de delegados de cursos que sí que estaban francamente comprometidos y que eran objeto de represión (...), eso sí, eso te iba cargando». En su evocación queda claro, ciertamente, cómo su progresiva concienciación crítica respecto a la dictadura se asocia a dicho conocimiento cotidiano de la represión, que vincula tanto a la policía como a un SEU profundamente afectado por ello:

Lo que sí era la inquietud que teníamos los estudiantes en general porque ya te digo que sufrimos varias cargas policiales además incomprensibles. De la noche a la mañana estabas fumándote un cigarro en la plaza de delante de la facultad y te veías llegar a los grises por todos lados. Normalmente obedecía a una llamada absurda, porque había infiltrados, eso sí, había policía infiltrada en los cursos (...). De eso teníamos conciencia en mi curso la mayoría. De hecho, ya te digo que el SEU en aquella época cayó en picado y una de las razones era esa: eras consciente de que estabas represaliado por todos lados²⁴.

En otro ejemplo similar que corrobora la incidencia de la represión en la concienciación crítica también durante el tardofranquismo, Rafa recuerda muy

²² Entrevista del autor a Sebastián (1932), 7-2-2010.

²³ CAZORLA, 2010: 191-192.

²⁴ Entrevista del autor a Juanjo M. (1941), 20-06-2011, conservada en AHCCOOPV.

bien el efecto que le produjo, mientras estudiaba COU, una visita oficial a la Universidad de Valencia en 1972. En efecto, al llegar al Paseo al Mar —actual Avenida Blasco Ibáñez— se encontraron casualmente con uno de los momentos más tensos de la historia del movimiento estudiantil en la universidad valenciana: la «batalla campal» del 4 de febrero entre estudiantes y policías, tras la masiva asamblea de distrito realizada en la facultad de Medicina. «Aquello fue mi llegada al campus universitario, el primer contacto que tuve. Claro, fue un impacto total, eso significó mucho para mí». Sumada a sus inquietudes culturales y a las relaciones personales establecidas en el instituto, esta experiencia influyó en la consolidación de una opinión antifranquista en este joven educado en una familia consentidora de la pequeña localidad de Catarroja, cuyo padre era concejal por el tercio familiar²⁵.

EL FRACASO DEL MODELO EDUCATIVO FRANQUISTA

Más allá del malestar generado por la represión, el avance de las actitudes críticas de la juventud universitaria se alimentó y expresó a caballo del fracaso del modelo educativo de la dictadura. Para empezar, conviene destacar el fracaso de la «Formación Política o Formación del Espíritu Nacional», materia obligatoria en todos los niveles educativos que parecía destinada, por ello y por su contenido, a funcionar como mecanismo clave en la educación política de las nuevas generaciones. Aunque ha sido poco estudiado para el caso de la universidad, los indicios existentes parecen corroborar la repetición del panorama de indiferencia y escaso entusiasmo detectado entre los bachilleres. Lo que se traduciría, como destacaba un estudiante de Derecho en una carta enviada a la comunista Radio España Independiente —la Pirenaica— en 1963, en que los universitarios «a las asignaturas de Gimnasia, Religión y Política las denominan «Las tres marías» y, en general, casi nadie las estudia»²⁶. Las investigaciones realizadas sobre los estudiantes de Magisterio apuntan a los efectos negativos de la carencia de medios, asociada a la debilidad falangista respecto a unos católicos que controlaban la política educativa, cuestión que afectó de forma general al proyecto falangista de socialización de la juventud. Asimismo, sugieren el efecto negativo de

²⁵ Entrevista de Amparo A. a Rafa G. (1954) cedida al autor, 21-11-2010. La batalla campal en RODRÍGUEZ TEJADA, 2009, vol. 2: 330-332.

²⁶ *Covolán, 21-3-1963*, AHPCE, Radio España Independiente, Correo de la Pirenaica, caja 185-12. Las tres materias a las que hace mención fueron declaradas obligatorias en todas las carreras universitarias por la Ley de Ordenación Universitaria de 1943. Véase CARRERAS y RUIZ CARNICER, 1991. El fracaso de la *Formación del Espíritu Nacional* ha sido ampliamente estudiado para el ámbito de la enseñanza media y primaria. Véase CRUZ OROZCO, 2001. MARTÍNEZ, 1981. FUERTES MUÑOZ, 2019. Todos coinciden en tal diagnóstico para la enseñanza universitaria. Véase también RUIZ CARNICER, 1999: 150-151.

un profesorado escasamente formado e hiper-ideologizado y de unos contenidos excluyentes y muy repetitivos respecto a etapas anteriores. Paco, que pasó por la tranquila Escuela de Magisterio de Valencia a finales de los sesenta sin relacionarse con el movimiento estudiantil ni desarrollar una identidad antifranquista, sí que recuerda negativamente, en cambio, esta materia:

Las Leyes Fundamentales del Estado Español, el Fuero del Trabajo y *toa* la leche en vinagre, *toa* la normativa esta, franquista, te la estudiabas en el bachiller, llegué a Magisterio y lo mismo. Y como yo estaba hasta las narices, a mí me pusieron un cinco por ponérmelo, porque me podían haber *cargao*, porque yo no quería estudiármelo ya más eso. Entonces, el tío que iba allí, el que daba la clase, era joven, era, se notaba que era del régimen clarísimamente. Además, eso lo decían mis compañeros también: «Y otra vez con el Fuero de los Españoles, otra vez con las leyes del reino, con no sé qué de la descendencia». ¡Che tú! Y te examinaba de eso otra vez, ¡si ya lo has *dao* en bachiller, todos los santos años del bachiller!²⁷.

Junto al específico malestar con la «Formación Política», un factor importante en la generación de malestar entre la juventud universitaria fue, cada vez más, el rechazo del modelo pedagógico dominante entre buena parte del profesorado y otro tipo de problemáticas de carácter estrictamente académico. En enero de 1956, poco antes de los mencionados «sucesos de febrero», el embajador británico destacaba refiriéndose al malestar de los universitarios españoles: «Suspiran por las libertades académicas y culpan a la estrechez de miras del régimen por los estándares comparativamente bajos de aprendizaje»²⁸. En una encuesta entre los estudiantes valencianos, publicada en 1958, se apreciaba cómo crecientes sectores de una nueva generación alejada de la contienda estaban desarrollando valores más críticos respecto a cuestiones como el modelo de enseñanza teórico y memorístico o el absentismo de los profesores, mostrando igualmente interés en participar en la elección de cargos representativos²⁹.

Dicho malestar favoreció la receptividad de muchos estudiantes hacia las reivindicaciones de carácter académico o «profesional» que, con frecuencia, impulsaron los activistas antifranquistas. Estos, hábilmente, reforzaban, de ese modo, la complicidad con sus compañeros y contribuían a activar una represión que, como hemos visto, con frecuencia dañaba la imagen de la dictadura entre sectores más amplios del estudiantado, haciéndole más proclives a otro tipo de discursos y objetivos más ambiciosos políticamente. Las autoridades eran plenamente conscientes de ello y manifestaban su preocupación en informes internos, como los elaborados con motivo de la declaración del Estado de

²⁷ Entrevista del autor a Paco (1949), 17-5-2009. Para los estudiantes de Magisterio, véase CRUZ OROZCO, 2001: 139-166. FUERTES MUÑOZ, 2018b.

²⁸ NAUK, Foreign Office, 498/10 (12-1-956).

²⁹ MURILLO FERROL y JIMÉNEZ BLANCO, 1958.

Excepción el 24 de enero de 1969, el primero de ámbito estatal en mucho tiempo, proclamado tras unos primeros meses del curso 1968-1969 caracterizados por fuertes movilizaciones estudiantiles en Madrid y Barcelona, aunque también en otras ciudades, como Valencia.

Sobre esta última, se señalaba que los informes recogidos de «estudiantes de buena fe, nada dudosos en cuanto a su afección al Régimen o posible adhesión a ideologías extrañas (sic)», coincidían en la existencia de un malestar extendido entre los universitarios valencianos. «El principal problema radica en que los Catedráticos no dedican plena atención a sus cátedras», afirmaban, apuntando asimismo a la «disconformidad por los sistemas de enseñanza empleados y forma en que se desarrollan los exámenes». De resultas de todo ello, se asistía a un «gran descontento existente en todas las Facultades», generándose así unas circunstancias «que son aprovechadas por los alborotadores», los cuales se esfuerzan para «hacer propias muchas de estas reivindicaciones universitarias y, como son reales y sobradas de razón, los demás se dejan arrastrar por ellos».

Probablemente porque eran percibidas por muchos estudiantes como reivindicaciones «reales y sobradas de razón», las propias autoridades reconocían que las diversas medidas asociadas al Estado de Excepción, que incluyeron la práctica de detenciones masivas de estudiantes y el cierre temporal de varias universidades, provocaron una imagen negativa entre amplios sectores del alumnado. Un informe, del 30 de enero, sobre Valladolid y Salamanca destacaba que «entre los estudiantes esta medida ha causado sensación» y que en ambas universidades tenían intención de no asistir a clase como protesta por las detenciones de compañeros efectuadas en los dos días anteriores. Otro informe, del 4 de febrero, señalaba que, en el caso del País Vasco y Navarra, se podía detectar «tensión, preocupación y desagrado en el campo estudiantil», el cual «no encuentra justificadas las medidas de excepción, que creen se dirigen directamente contra ellos»³⁰.

También los observadores extranjeros apreciaron el potencial movilizador de los problemas «profesionales» o «educativos» de los estudiantes y el consecuente efecto negativo que provocaba la represión con la que la dictadura respondía a las movilizaciones. Por poner un ejemplo, diversos informes de la diplomacia británica a propósito del agitado ambiente en las facultades madrileñas durante el curso 1971-1972, destacaban que el descontento y las movilizaciones estudiantiles llevadas a cabo respondían más a problemáticas concretas y a una fuerte identidad de grupo en tanto que estudiantes que a una intensa politización. Así, se señalaba cómo resultaba «muy evidente» que la mayoría de estudiantes estaban dispuestos a protestar debido únicamente a «quejas sobre la organización de los estudios y la participación en la gestión de sus facultades». Sin embargo, ello,

³⁰ Los diversos informes en AGA, Cultura, Gabinete de Enlace, caja 42/09129.

sumado a las sanciones o detenciones de estudiantes y a la presencia constante de la policía en las facultades, entendida como «una fuente de intensa irritación y provocación», reforzaba los vínculos de «solidaridad entre los estudiantes». Y, en última instancia, favorecía que los grupos de «extrema izquierda», compuestos únicamente por una «minoría» de estudiantes, jugaran un papel relevante en «fomentar disturbios y una cierta hostilidad política entre los estudiantes hacia el régimen y las autoridades académicas»³¹.

Por último, otra dimensión que reforzó el fracaso del modelo educativo de la dictadura fue la tímida emergencia, en los años cincuenta y primeros sesenta, de ciertos profesores «demócratas» o «críticos», abriendo grietas en un panorama docente caracterizado, tras la «gran represión» de posguerra, por el conformismo y el cierre de filas con la dictadura³². Rafael Fernández, que estudió Derecho en la Universidad de Valencia entre 1953 y 1958, recuerda un ambiente en el que predominaban unos profesores «por supuesto conservadores todos», aunque no destacados por su adhesión inquebrantable al franquismo, más bien por parecer «apolíticos». En dicho contexto, el recién reintegrado profesor Miaja de la Muela, encarcelado por la dictadura entre 1936 y 1941, suponía un contraste, «tampoco lo exteriorizaba, aunque no era igual que los demás». Igualmente le impactó el profesor Francisco Murillo, con el cual realizaron comparaciones con sistemas políticos democráticos o trabajos sobre la constitución republicana de 1931. Juanjo, asimismo, recuerda haber sido plenamente consciente de la expulsión, en 1965, de Enrique Tierno Galván, José Luis López Aranguren y otros profesores de la Universidad de Salamanca, acusados de apoyar al movimiento estudiantil en sus protestas contra la dictadura. Como contraste con otros docentes, recuerda al socialista Tierno Galván porque «sus clases eran muy interesantes (...) era muy crítico, pero no trataba de influirte, daba los materiales para que tú te informaras (...)»³³.

Esta tendencia se vio reforzada en los últimos años de la dictadura, en buena medida alimentada por jóvenes antifranquistas socializados en el movimiento estudiantil que, en un contexto de expansión del alumnado universitario y, por ende, del profesorado, continuaron ahora al otro lado del aula apoyando la lucha por la democracia. Así, enseñando a sus alumnas y alumnos a pensar de manera crítica y autónoma a través de renovados métodos y contenidos, involucrándose en acciones de protesta por sus propias condiciones laborales, sufriendo personalmente la represión o participando en acciones de solidaridad con estudiantes represaliados, contribuyeron a reforzar el clima de tensión

³¹ NAUK, Foreign Commonwealth Office, FCO/9/1590, 18-1-72, 27-1-72 y 2-2-72.

³² Sobre la inicial eliminación de los profesores «desafectos» —depurados, encarcelados, fusilados o exiliados—, véase CLARET, 2006.

³³ Entrevistas del autor a Rafael Fernández (1933), 31-5-2011 y Juanjo (1941), 20-06-2011, conservadas en AHCOOPV.

social y política de las facultades españolas. Asimismo, junto al crecimiento de la minoría de profesores demócratas, se observó otra tendencia paralela en sentido contrario, aunque no menos importante: cómo planteaba un informe oficial de 1968, eran escasos, «y cada día menos, los profesores que muestran una actitud mínimamente comprometida con el sistema político»³⁴.

OCIO, CULTURA Y SOLIDARIDAD

Junto a la dimensión represiva y a la estrictamente académica o docente, una variable clave para entender el distanciamiento creciente de los universitarios respecto a la dictadura remite al contacto con nuevos o distintos valores, referentes estéticos y realidades sociales a través de diversas experiencias relacionadas con el ocio, la cultura y la solidaridad. Experiencias articuladas desde o alrededor de las facultades que facilitaron, en conjunto, la expansión de visiones críticas con la realidad política, cultural, moral y socioeconómica de la España franquista. Aunque fue a partir de mediados de los sesenta cuando las facultades españolas se convirtieron en una «isla de libertad», este proceso se había iniciado mucho antes, a finales de los años cuarenta. Y, por contradictorio que parezca, bajo las estructuras de un sindicato oficial al que, en palabras de Ruiz Carnicer, «le estuvo permitido realizar una serie de iniciativas que, fuera del «paraguas» del SEU y del falangismo hubiera sido difícil realizar».

Así, mientras que en sus cineclubs se exhibían películas que no llegaban a salas comerciales o en la prensa universitaria se debatían planteamientos políticos y culturales no localizables en la prensa general, en el marco de las actividades del Teatro Español Universitario (TEU) se incluían obras de autores prohibidos o muy alejados del canon oficial. Asimismo, el Servicio Universitario del Trabajo (SUT) trataba de acercar a los universitarios de clase media y alta a la clase trabajadora mediante iniciativas como colonias de trabajo en barrios obreros, campañas de alfabetización en zonas rurales o estancias en grandes empresas y barcos, donde muchos conocieron unas duras condiciones de vida que les eran ajenas. Todo ello desde la lógica clasista de la posibilidad de una mayor permisividad en los terrenos culturales o sociales y, hasta cierto punto, políticos, para unos universitarios que, llamados a formar parte de las elites del país, debían conocer con mayor detalle la realidad³⁵.

Desde luego, la participación en estos espacios de socialización, con la consiguiente exposición a discursos y referentes culturales o políticos no difundidos entre el gran público, no siempre se traducían en el distanciamiento y el desarrollo

³⁴ La cita en YSÀS, 2004: 18. En la misma línea: FUERTES MUÑOZ, 2016a. RODRÍGUEZ BARREIRA, 2012. RODRÍGUEZ TEJADA, 2009.

³⁵ RUIZ CARNICER, 1996: 506-507.

de actitudes críticas hacia la dictadura. De hecho, entre determinados sectores de los universitarios de los años cuarenta y cincuenta ello pudo favorecer una imagen positiva del sindicato falangista como ventana a otras realidades. Teniendo en cuenta que dicha imagen positiva podía verse reforzada, asimismo, por la centralidad del SEU en la gestión de otros servicios y actividades como el deporte, los comedores, las becas, el Seguro Escolar, los Hogares del Estudiante, las excursiones, los viajes al extranjero o los colegios mayores.

Bien representativo de ese perfil es Rafael Brines Lorente, que empezó Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia en el curso 1953-1954. Este periodista destaca los precios reducidos del comedor para estudiantes, las estancias en el albergue de la pequeña localidad valenciana de Alborache o la «concurcencia de criterios dispares» que se apreciaba en la revista universitaria «Claustro». Con particular entusiasmo, evoca las actividades realizadas en el Club Universitario, inaugurado ese mismo curso en la calle de las Comedias y convertido en un «punto de concentración», un «lugar de intercambio de ideas» y «sobre todo, crisol de vida teatral». El también escritor, claramente identificado con un franquismo presentado como una «dictablanda» crecientemente aperturista, argumentaba sarcásticamente en 1990 que «en el sótano había un auténtico teatro de bolsillo» en el que muchos universitarios «hicieron teatro de aficionados en aquel TEU que nos descubría a O’Neil, Sartre, Sastre, Beckett, García Lorca, Casona y tantos otros que ahora me estoy enterando que estaban prohibidos»³⁶.

Sin embargo, lejos de actuar siempre como un eficaz mecanismo legitimador, muchas de aquellas actividades sí tuvieron un papel destacado en la generación de valores y actitudes que distanciaron a parte de los universitarios de la dictadura, actuando el SEU en la práctica como «uno de los principales coadyutores —a su pesar— en el proceso de evolución mental de la juventud universitaria»³⁷. Resulta interesante en este sentido apreciar, como contraejemplo, el caso de otros dos universitarios valencianos de los años cincuenta, esto es, coetáneos de Rafael Brines. Juan, quien también empezó sus estudios en 1953, se involucró activamente en un SEU que percibe, más allá de los mandos, como una estructura poblada de estudiantes «espabilaos» y no demasiado entusiastas de la dictadura. Autorepresentado entre estos últimos, llegó a ser gerente del mencionado Club Universitario y recuerda con particular entusiasmo la asistencia a conferencias sobre temas políticos muy diversos: «En ese salón de actos yo he visto conferencias de anarquistas que estaban permitidas por los jefes y hablaban de comunismo y de lo que sea».

Igualmente, formó parte del SUT: «Nosotros le pusimos el agua al barrio del Cristo», uno de los nuevos barrios periféricos de Valencia más precarios y poblado fundamentalmente por inmigrantes de otras regiones. Su implicación

³⁶ BRINES LORENTE, 1990: 27-35.

³⁷ RUIZ CARNICER, 1996: 507.

en «los campos de trabajo» a los que iba «a ayudar», le facilitó relaciones con personas que ahondaron en su concienciación crítica con la realidad social, como el jesuita e impulsor del SUT Padre Llanos: «Era famoso (...), era comunista». Todo ello, sumado a su implicación en otros espacios de sociabilidad vinculados al valencianismo cultural —como Lo Rat Penat o grupos de teatro en valenciano— y aunque no llegase a implicarse en ninguna organización antifranquista —«nosotros éramos espectadores pasivos»—, favoreció su progresivo distanciamiento de la dictadura: «Franco para mí era un dictador, un enemigo de la libertad y de la democracia que es lo que ansiábamos todos»³⁸.

En una línea similar, María Fernanda Mancebo, que empezó Filosofía y Letras en 1957, reconstruía a finales de los años noventa su progresiva evolución desde el apoliticismo conformista con que entró en la universidad hasta la clara toma de conciencia antifranquista: «Pronto empecé a darme cuenta y a «criticar» algunas cosas». Describiendo una Universidad de Valencia con un antifranquismo escasamente influyente y una mayoría de estudiantes políticamente en un «limbo», con un enorme desconocimiento del pasado reciente, María Fernanda subraya, en una línea similar a la de quienes pasaron por el SUT, la importancia de su participación voluntaria en las tareas de solidaridad con los barrios populares más afectados por la riada del Turia de octubre de 1957. Esta catástrofe natural actuó ciertamente como visibilizador de la pobreza entre parte de los universitarios valencianos de clase media-alta, impulsando una conciencia crítica que, más que en la falta de libertades, ponía inicialmente el foco en las desigualdades sociales, espacio en que convergían con católicos sociales y comunistas:

Cuando empecé la carrera en 1957, el gran acontecimiento de la «riada» distrajo nuestra atención de los problemas políticos. Sí, pero al mismo tiempo nos mostró el rostro horrible de la miseria. Yo, como muchos estudiantes de aquellos años, llegaba de un colegio de monjas bastante «insistentes», y también de la Acción Católica. ¡Nada menos! Pero la riada que nos llevó a los barrios afectados a quitar el barro y aliviar la pobreza, nos abrió también los ojos a lo que llamábamos «injusticia social». En otras palabras, entonces no tuvimos conciencia de los sucesos universitarios de 1956 (con escasa repercusión en Valencia) ni tampoco nos enteramos de la invasión soviética en Rumanía, pero sí de la falta de trabajo, del hambre y la precariedad de las ayudas sociales, ya estatales ya de la iglesia y reconocimos a los curas-obreros y a los militantes comunistas camuflados de solidaridad universitaria.

En un claro ejemplo del modo en que se entrelazaban la «conciencia social» activada a partir de dicha experiencia y la vida cultural universitaria, María Fernanda, implicada en el TEU, recuerda el impacto de autores como Brecht o Sastre y cómo «entre todos en 1959 hicimos en el Teatro Principal las *Farsas*

³⁸ Entrevista de Cristina L. a Juan S. (1935) cedida al autor, 26-12-2010.

del tonto y la estrella (...), para recaudar fondos para llevar la luz eléctrica y construir una escuela en el Barrio de San José (Quart de Poblet)». También fueron importantes en su socialización crítica, destaca, las lecturas (Sartre, Simone de Beauvoir, Sender, etc.), las clases de profesores como los historiadores Joan Reglà o José María Jover o las conversaciones con una compañera más politizada en sentido antifranquista: «Fue ella (...) la que me informaba del malestar y las huelgas de los obreros del País Vasco y Cataluña». En conjunto, apunta cómo las conferencias —sobre Ortega y Gasset o Unamuno— del colegio mayor Juan de Ribera, el Orfeón Universitario, un Club Universitario «en donde se hacía de todo», los cineclubs «y sobre todo, el TEU, fueron la ventana que nos permitió contrastar la miseria de la cultura oficial y comercial» con «aquello que jóvenes más inquietos y sapientes que nosotros nos brindaban»³⁹.

Con todo este bagaje, María Fernanda empezó, en 1963, a trabajar como profesora de Geografía e Historia en un instituto del área metropolitana de Valencia, concibiendo la docencia como una especie de «apostolado laico» para fomentar el pensamiento crítico y la igualdad social. Con sus clases, consejos e implicación en protestas laborales contribuyó a despertar las inquietudes de algunos de los jóvenes de clase trabajadora que poblaban sus clases, proporcionando su testimonio otro ejemplo de los ricos y multidireccionales efectos del contacto entre universidad y clases populares:

Nunca milité en un partido, pero yo y muchos como yo teníamos claro cuál era el frente de nuestra lucha (...), sobre todo nuestro trabajo bien hecho (...). La ruptura con el sistema educativo vigente era nuestra meta (...). Nuestra tarea consistía en posibilitar esa *funesta manía de pensar* que inmediatamente llevaba a algunos a la crítica y al descontento. Ellos, algunos rápidamente, entreveían a través de nuestro trabajo, que existían otras posibilidades, otro futuro (...). Estoy segura de que colaboré al rescate de muchas inteligencias «del pueblo en el más estricto sentido», un pueblo que me enseñó mucho más que yo a ellos (...), estábamos entonces convencidos que lo mejor que podíamos hacer por ellos era sugerirles, inclinarles a que continuaran el bachiller (...). Y después que hicieran una carrera universitaria (...). El «salvar almas» de otros tiempos ahora se concretaba en «salvar inteligencias», junto al más pragmático deseo de romper ese cerco de injusticia que solo permitía el acceso a la enseñanza superior de la clase media (...). La democratización de la universidad no se hizo sola. La protesta de los años sesenta y de los años setenta está sostenida por «hijos/as de papá» desclasados, pero también por todos aquellos hijos/as de trabajadores que llegaron a las facultades con gran esfuerzo, becas, trabajando, radicalizados y algunos vinculados a los partidos o grupúsculos más a la izquierda (...). Se nos iban de las manos⁴⁰.

³⁹ MANCEBO ALONSO, 1999: 145-151

⁴⁰ MANCEBO ALONSO, 1999: 154-156. En una línea muy similar se expresa Mercedes Madrid, profesora de Griego, previamente socializada en el movimiento estudiantil en la Universidad de Salamanca, véase GÓMEZ RODA y SÁNCHEZ DURÀ, 2009: 238-245.

Retomando las influencias culturales que, a finales de los cincuenta y primeros sesenta, favorecieron la adopción de esta visión social crítica de la profesión docente por parte de María Fernanda, debe destacarse que, ciertamente, en los años del cambio de década fue aumentando en la Universidad de Valencia y en otras universidades el tono crítico de las tertulias, cinefóruns, conferencias, semanas culturales y revistas universitarias. Estas se convirtieron así, cada vez más, en experiencias o canales de socialización crítica de sectores no despreciables del alumnado, dando lugar a acciones de defensa de la libertad de expresión en las actividades culturales de los estudiantes, particularmente las del TEU. Toda una dinámica que contribuyó a erosionar al SEU y que, tras su disolución, se aceleró aún más desde mediados de los sesenta. En los últimos años de la dictadura, en unas facultades cada vez más masificadas y en creciente estado de agitación en numerosas ciudades, «la eclosión cultural universitaria (...) fue decisiva para incorporar a sectores poco politizados, pero culturalmente activos, ensanchando el número de quienes se inclinaban a favor de la democracia y el antifranquismo»⁴¹.

Este fenómeno era alimentado, según Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, por «la vacuidad cultural y política» de una dictadura que «se aferraba a los viejos valores de posguerra tamizados por el nuevo lenguaje tecnocrático», mostrándose «incapaz de plantear alternativas al discurso cultural crítico con la dictadura» y de «ilusionar» a unas nuevas generaciones para las cuales la Guerra Civil —experiencia clave en la forja de los apoyos del franquismo— quedaba muy lejos. En el contexto de los años sesenta y setenta, «los remedos del viejo proyecto fascista, las frases líricas y evanescentes del fundador y la sentimentalidad barata del izar y arriar banderas en los campamentos ya no podía atraer a una juventud que miraba más allá»⁴².

El testimonio de Vicente Tirado, que estudió Derecho en la Universidad de Oviedo entre 1964 y 1969, ilustra bien esta falta de atracción de las propuestas oficiales y, de nuevo, el importante entrelazamiento entre cultura, «conciencia social» y actitudes políticas antifranquistas⁴³. Nacido en 1947 en una familia de clase media-alta, fue educado en un conformismo que iba de la mano de un escaso estímulo hacia una cultura política falangista por la cual Vicente, por otro lado, no sintió especial interés. Mientras su madre, hija de un militar asturiano que luchó en el ejército sublevado, podría definirse como una católica conservadora; su padre, hijo del alcalde de Castellón por el Partido Republi-

⁴¹ La cita en SÁNCHEZ DURÀ y MASIÀ, 2000: 283. En la misma línea: RODRÍGUEZ TEJADA, 2009, vol. 1: 289-290 y 297. RODRÍGUEZ BARRERIRA, 2012. CARRILLO LINARES, 2016.

⁴² GRACIA y RUIZ CARNICER, 2001: 288.

⁴³ Entrevista del autor a Vicente Tirado (1947), 14-7-2011, conservada en AHCOOPV.

cano Radical entre 1933 y 1936, represaliado por ambos «bandos», era más «liberal».

Tampoco se nos adoctrinó en ningún tipo de..., de ideología (...). Nosotros teníamos clases de Formación del Espíritu Nacional (...). No, después tu veías, mirabas, tal, preguntabas en tu casa: «¡Bah! Esto de la *Formación*, esto son tonterías, tú hazlo y fuera».

En un claro ejemplo de cómo el proceso de socialización crítica empezaba a menudo en la enseñanza media, evoca los años en el instituto Ribalta, en Castellón, destacando que «empezabas a tener unas inquietudes», a «hacer orejas», «a oír y ver: «Oye, esto no es normal, nos gustaría tal» (...), venía gente del extranjero, aunque fuera en la playa (...), veías y ya empezabas...»⁴⁴. Dichas inquietudes, compartidas con otros compañeros, empezaron a canalizarse durante el año del «preu» de diversas maneras: «Unos se decantaban hacia ayudas (...) a desfavorecidos, en grupos de católicos (...) pero de conciencia más social (...) y otros empezamos a decantarnos por crear cineclubs, conferencias... y cosas de estas».

En su opinión, en muchos de sus compañeros se produjo una progresiva evolución de lo cultural o intelectual a lo político: «Como pasa tantas veces (...) todo el mundo tiene sus inquietudes, sus inquietudes, primero, intelectuales y de ahí vas sacando conclusiones (...)». Este proceso vino, en su caso, acompañado de una concienciación crítica respecto a las desigualdades y problemáticas sociales, y se produjo a partir de su marcha a Oviedo, donde acudió con su familia materna para cursar los estudios de Derecho.

Y en la universidad ya sí, claro, en la universidad dabas un salto. Empezabas a leer a Marx, te encontrabas con gente con la que conectabas, que llevaban tres años, pues a lo mejor tú estabas en primero. Yo, pues recuerdo perfectamente que el novio de mi prima que estaba en tercero pues fue el primero que me dijo: «Hombre, pues tienes que leer esto» y hablarme, e iba formando un poco más la conciencia política, ¿no? Lo que pasaba de un rechazo y de una conciencia intelectual y un rechazo al *modus vivendi* y a lo social pues se iba concretando en un rechazo más político. Y eso efectivamente ocurrió.

Poco a poco, Vicente se implicó en la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes en Oviedo, participando en protestas por «los problemas que teníamos en aquel momento (...), dentro de lo que era el marco universitario», tales como «la organización de un comedor que no fuera el del SEU», sin olvidar

⁴⁴ Sobre el inicio de los procesos de socialización crítica en los años de la enseñanza media en relación, entre otros factores, con las nuevas formas de ocio y sociabilidad cotidiana, véase FUERTES, 2016b. MARTÍN, GONZÁLEZ y ORTIZ, 2009.

«la lucha en aquel tiempo contra la Guerra del Vietnam»⁴⁵. En su rememoración, proyecta un extendido rechazo del carácter dictatorial del franquismo entre los universitarios, que actuaba como «un aglutinante tan grande de gente muy variopinta, desde gente incluso de derechas hasta gente de extrema izquierda». En su caso, se integró en «el Felipe» (FLP) y paralelamente, siguió desarrollando el activismo cultural iniciado en el instituto, contribuyendo a dinamizar su entorno: junto a otros compañeros: «cuando veníamos aquí [a Castellón] en vacaciones (...), intentábamos hacer actos culturales de distinto tipo». Y destaca la organización de un concierto de Raimon, Serrat y Pi de la Serra⁴⁶. Tras acabar la carrera volvió a su ciudad natal, donde, aunque se dedicó al derecho mercantil —«lo que a mí me interesaba»—, asesoró y protegió de la represión al movimiento obrero castellonense, con el que había iniciado sus contactos a partir precisamente de actividades culturales críticas.

... la militancia que de alguna manera había tenido en la universidad pues..., me llevó hacia cierto compromiso (...) con la lucha obrera (...). Ni yo ni nadie que yo sepa cobrábamos este tipo de asuntos. ¡Vamos!».

Un claro ejemplo este de un más amplio fenómeno de implicación de los jóvenes universitarios con la clase trabajadora y los problemas socioeconómicos que asumió otras formas, como el voluntariado en el marco del SUT o las organizaciones católicas, la «proletarización», la traslación de las protestas a sectores cualificados una vez incorporados al mercado laboral o la participación en el movimiento vecinal⁴⁷.

El testimonio de Vicente Tirado apunta, con las referencias a la «gente del extranjero» y a «la lucha en aquel tiempo contra la Guerra del Vietnam», a una última dimensión importante en el proceso de distanciamiento de la dictadura

⁴⁵ Según la ficha policial de antecedentes de Vicente Tirado, el entrevistado, durante los años 1967 y 1968, «en su época estudiantil de Oviedo», fue detenido en dos ocasiones y «participó activamente en intervenciones de carácter subversivo: alteraciones, desórdenes públicos, reuniones, asambleas, manifestaciones, en las que intervino como dirigente unas, y otras como manifestante». AHCCOOPV, Fondo Alberto García Esteve, 35: 154.

⁴⁶ Sobre el impacto de este concierto, resulta muy ilustrativo el testimonio de un entonces joven estudiante de enseñanza media y pronto militante antifranquista, Artur Aparici: «Recuerdo el concierto de Raimon en Castellón, años antes de la Ley de Educación y lo importante que fue para nosotros. Cualquier acto cultural tenía una dimensión trascendente que tal vez ahora no tiene». Véase GÓMEZ RODA y SÁNCHEZ DURÁ, 2009: 188.

⁴⁷ Sobre la implicación en el apoyo al movimiento obrero de Vicente y tantos otros profesionales del derecho previamente socializados en las universidades de los años cincuenta y sesenta, véase FUERTES MUÑOZ y GÓMEZ RODA, 2011: 262-314. Sobre la «proletarización» de estudiantes universitarios, REIG, 1999. Sobre el muy similar fenómeno de los «curas obreros», véase CORRALES, 2008. La implicación en el movimiento asociativo de universitarios y licenciados, puede verse en MARTÍN, 2013.

entre la juventud del «desarrollismo» y el tardofranquismo, en claro contraste con el mayor aislamiento de la España de la posguerra. Esto es, la creciente influencia exterior (vía turismo, emigración, lecturas o medios de comunicación) o, dicho de un modo que evita una visión pasiva o meramente receptora de la juventud española: la conexión y complicidad con lo que estaba ocurriendo más allá de España. Y lo que estaba ocurriendo en los años sesenta en el conjunto del mundo occidental, entre otras cosas, es que los nuevos grupos de edad que no habían vivido la experiencia de intensa confrontación política y bélica de los años treinta-cuarenta, estaban experimentando toda una serie de intensas transformaciones socioculturales e identitarias⁴⁸.

Por un lado, este proceso tenía una clara y bien visible traslación política, con la expansión de numerosas luchas sociales en las que jugó un papel destacado la juventud estudiante, siendo buena muestra de ello el propio alcance de las protestas en las universidades españolas. Estas protestas eran alimentadas o reforzadas, a su vez y pese a las deformaciones y censuras de los medios españoles, por el notable impacto de la revolución socialista de los jóvenes barbudos en Cuba, las luchas pacifistas de los universitarios estadounidenses contra la intervención militar en Vietnam, las protestas —y la brutal represión— de los universitarios en México en 1968 o, en ese mismo año, el notable protagonismo juvenil en la «primavera de Praga». Para Jaime Millás, quien, a finales de los sesenta, se implicó en grupos cristianos de base y en el activismo cultural florecido al calor del movimiento estudiantil valenciano, otro hito clave como las protestas del «mayo del 68» en Francia significaron «la evidencia de que los jóvenes, a partir de argumentos esgrimidos con la razón, podían ser un poder rebelde, una voz que se escuchase y eso nos dio fuerza»⁴⁹.

Por otro lado, la dimensión más explícitamente política fue acompañada de mutaciones estéticas, morales y culturales estimuladas por la incipiente sociedad de consumo y la cultura de masas, con un papel destacado de la publicidad, la radio y la televisión. Mutaciones tan variadas como la música pop y rock, los guateques y discotecas, el cine de vanguardia, el pelo largo y las barbas en los chicos, las minifaldas y el bikini en las chicas, los pantalones de campana o, entre otras, unas relaciones —de amistad, pareja o sexuales— más desenfadadas entre hombres y mujeres. En conjunto, estas transformaciones contribuyeron a moldear una subcultura juvenil o identidad generacional considerablemente transversal, que alejaba a los jóvenes occidentales —no solo universitarios ni militantes— del mundo de los adultos. Y que, en el caso español, aunque de forma mucho más sutil que asambleas o manifestaciones, les alejaba también de las culturas políticas falangista y nacionalcatólica, en la misma medida que les

⁴⁸ PASSERINI, 1994. JUDT, 2005.

⁴⁹ El testimonio de Jaime Millás en MARÍ y ZABALA, 1999: 76. Sobre el impacto del «mayo francés» entre los universitarios españoles, CARRILLO LINARES, 2018.

acercaba a sus compañeros más implicados en el movimiento estudiantil, con quienes compartían la carga de reivindicación de mayor libertad individual y de rechazo de la represión moral, sexual o cultural que muchas de estas mutaciones comportaban pese a su apariencia inofensiva. Como recuerda Vicente Vergara, militante del PCE en la facultad de Derecho de Valencia a finales de los sesenta:

Era algo que te salía de las vísceras, porque aparte de lo que era la política directa estaban también las reivindicaciones más personales. Es decir, yo quería ver una película como por ejemplo *El último tango en París*, y estaba prohibido, no por cuestiones de tipo político sino por cuestiones de tipo erótico (...). O querías conseguir tal libro y no lo podías conseguir tampoco⁵⁰.

CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo nuestro objetivo, con una mirada atenta a lo cotidiano, ha sido profundizar en el alcance, formas y causas del distanciamiento de la dictadura franquista entre el conjunto de los estudiantes universitarios, incluyendo desde luego a la minoría activista, pero tratando de superarla. Una primera conclusión importante es que, desde finales de los años cuarenta y de forma creciente en los cincuenta y sesenta, se aprecia una considerable expansión de visiones críticas con la España franquista. Estas visiones iban mucho más allá del deseo de mayores libertades políticas, ya que ponían de manifiesto tanto el desarrollo de una «conciencia social» en contra de las desigualdades y problemáticas socioeconómicas, como el rechazo de la situación cultural y moral existente.

Desde luego, conviene ahora matizarlo, debemos huir de visiones simplistas e idealizadas del alumnado universitario. En los años del apogeo del movimiento estudiantil, no todas las universidades ni facultades vivieron el mismo grado de agitación antifranquista. Incluso en aquellos centros con mayor activismo, se mantuvieron hasta el final las actitudes apáticas, individualistas y conformistas entre considerables sectores de estudiantes preocupados, esencialmente, por «sacarse la carrera», ante la expectativa de un prometedor futuro profesional en un contexto de notable crecimiento económico⁵¹. Pese a todo, los universitarios podían estar más o menos identificados con el movimiento estudiantil y las organizaciones izquierdistas que lo impulsaban y crecían a su alrededor, pero, desde

⁵⁰ RODRÍGUEZ TEJADA, 2009, vol. 2: 443. DE MIGUEL, 1972: 30-31. GÓMEZ RODA y SÁNCHEZ DURÀ, 2009: 301.

⁵¹ HERMET, 1970. HERNÁNDEZ BURGOS, 2013: 367-375. Para la República Democrática Alemana, dictadura completamente distinta pero que comparte con el franquismo la larga duración, se ha señalado también la complejidad de las actitudes de la juventud en su última etapa, subrayando la convivencia entre el conformismo y el creciente distanciamiento cultural. Véase WOLLE, 2000.

luego, la mayoría se había familiarizado en las facultades con la pluralidad política, deseaba unas mayores libertades políticas, sociales y culturales y estaba muy lejos de entusiasmarse con el régimen franquista.

En cualquier caso, con un protagonismo central de la propia acción de agitación y protesta de las minorías activistas antifranquistas, diversos factores explican el innegable avance de las actitudes críticas y el distanciamiento de la dictadura. Como hemos visto, el control social y la represión, aunque promovían la inhibición de muchos universitarios atemorizados, generaban también actitudes de rechazo y solidaridad—activa o pasiva— con los estudiantes o profesores represaliados. Igualmente, aunque muchos estudiantes rehuían mensajes más maximalistas y políticos relacionados con el cambio democrático o la revolución socialista, se mostraban muy receptivos con las reivindicaciones relacionadas con problemáticas concretas estrictamente académicas⁵². En relación con esto, el malestar estudiantil se expresó y agudizó con el fracaso del proyecto franquista y falangista de educación política. Este se plasmó en la ineficacia de la «Formación Política», el rechazo del modelo pedagógico autoritario, la creciente influencia del novedoso profesorado crítico o, entre otras cuestiones, el escaso atractivo y la disolución de un SEU afectado también por su implicación en la represión y por sus propias contradicciones.

Un ulterior factor clave en el desarrollo de actitudes críticas al que hemos prestado especial atención fue, como hemos visto, el contacto con otros valores, referentes estéticos y realidades sociales a través de diversas experiencias relacionadas con el ocio, la cultura y la solidaridad. En este proceso, fueron fundamentales las actividades auspiciadas por o desde el SEU —como el TEU o el SUT— y por los jóvenes más inquietos y cercanos al movimiento estudiantil. Los medios de comunicación y la cultura de masas potenciaron también el distanciamiento de los jóvenes españoles respecto al mundo de los adultos y la dictadura, conectándolos con las transformaciones culturales y políticas más amplias que estaba viviendo la juventud en otros muchos países. Igualmente, conviene remarcar que otros canales de socialización que aquí han aparecido tan solo tangencialmente, como las relaciones de amistad, la familia, el trabajo o el catolicismo contribuyeron decisivamente, en fin, a reforzar y amplificar el innegable proceso de distanciamiento de la dictadura franquista entre la juventud universitaria.

BIBLIOGRAFÍA

Baldó, Marc, «Los alumnos», en Marc Baldó (ed.), *Historia de la Universidad de Valencia. Vol. III: La Universidad Liberal (siglos XIX-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2000: 261-274.

⁵² RODRÍGUEZ TEJADA, 2009.

- Brines Lorente, Rafael, *Medio siglo a cuestas. La Valencia de los años 40, 50 y los «prodigiosos 60»*, Valencia, F. Doménech, 1990.
- Carreras Ares, Juan José y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, *La Universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991.
- Carrillo Linares, Alberto, *Subversivos y Malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2008.
- Carrillo Linares, Alberto, «La conquista de espacios imaginados: Sociabilidad anti-franquista en los años 60 y 70», *Andalucía en la historia*, 52 (Sevilla, 2016): 34-38.
- Carrillo Linares, Alberto, «El Mayo francés y España: impactos culturales y consecuencias políticas», *Historia del presente*, 31 (Madrid, 2018): 59-73.
- Cazorla, Antonio, *Fear and progress. Ordinary Lives in Franco's Spain*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2010.
- Claret, Jaume, *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006.
- Colomer, Josep Maria, *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*, Barcelona, Curial, 1978.
- Corrales, Xavier, *De la misa al tajo. La experiencia de los curas obreros*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2008.
- Cruz Orozco, José Ignacio, *El yunque azul. Frente de Juventudes y sistema educativo: razones de un fracaso*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- De Miguel, Amando, *España, marca registrada*, Barcelona, Kairós, 1972.
- De Miguel, Amando, «Actitudes políticas españolas, 1970», en Stanley G. Payne (ed.), *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Madrid, Akal, 1978: 267-345.
- Fraga Iribarne, Manuel y Tena Artigas, Joaquín, «Una encuesta a los estudiantes universitarios de Madrid», *Revista Internacional de Sociología*, 28-29-30 (Madrid, 1949-50).
- Fuertes Muñoz, Carlos, *Legitimación, educación y actitudes sociales durante la dictadura franquista (Valencia, c. 1950-c. 1975)*, tesis doctoral, Universitat de València, 2015.
- Fuertes Muñoz, Carlos, «El avance de las actitudes críticas entre el profesorado durante el tardofranquismo: el caso valenciano», *Rúbrica Contemporánea*, 10 (Barcelona, 2016a): 137-155.
- Fuertes Muñoz, Carlos, «Noves formes de socialització juvenil i canvi d'actituds dels estudiants durant el tardofranquisme», *Afers*, 85 (Catarroja, 2016b): 793-810.
- Fuertes Muñoz, Carlos, *Viviendo en dictadura. La evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo*, Granada, Editorial Comares, 2017.
- Fuertes Muñoz, Carlos, «La recepción de la educación política franquista: actitudes ante las organizaciones juveniles falangistas», *Spagna Contemporanea*, 53 (Turín, 2018a): 101-122.
- Fuertes Muñoz, Carlos, «Cambio generacional, familia y profesorado en la crisis de la educación política franquista», *Espacio, tiempo y educación*, 5/1 (Salamanca, 2018b): 119-138.
- Fuertes Muñoz, Carlos, y Gómez Roda, Alberto, *El Tribunal de Orden Público en el País Valenciano. Testimonios de la represión política y el antifranquismo*, Valencia, FEIS, 2011.

- Gómez Roda, Alberto y Sánchez Durá, Dolores (eds.), *¡Abajo la dictadura! Tres generaciones de antifranquistas en el País Valenciano*, Valencia, FEIS, 2009.
- Gracia García, Jordi y Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001.
- Hermet, Guy, «Les Espagnols devant leur régime», *Revue française de science politique*, 20/1 (París, 1970): 5-36.
- Hernández Burgos, Claudio, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Ediciones de la Universidad de Granada, 2013.
- Hernández Sandoica, Elena, «Estudiantes en la universidad española (1956-1975). Cambio generacional y movilización antifranquista», en Damián González, (coord.), *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008: 96-122.
- Hernández Sandoica, Elena, Ruiz Carnicer, Miguel Ángel y Baldó, Marc, *Estudiantes contra Franco. Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.
- Hispán Iglesias de Ussel, Pablo, *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, Centro de Estudios Políticos e Institucionales, 2006.
- Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe Since 1945*, Londres, Penguin Press, 2005. Edición en castellano: *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2012.
- López Cepero, José Mariano, «Algunos aspectos sociológicos de la juventud trabajadora en España», *Revista del Instituto de la Juventud*, 30 (Madrid, 1970): 73-90.
- López Pina, Antonio y López Aranguren, Eduardo, *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976.
- López Pintor, Rafael, «El estado de la opinión pública española y la transición a la democracia», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 13 (Madrid, 1981): 7-47.
- Mancebo Alonso, María Fernanda, «Hijos de un Dios menor», en Benito Sanz y Ramón Bello (eds.), *Memoria del antifranquismo. La Universitat de València bajo el franquismo*, Valencia, Universitat de València, 1990: 145-160.
- Maravall, José María, *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978.
- Marí, Rafa y Zabala, Fernanda, *La Valencia de los años 60*, Valencia, Ayuntamiento de València, 1999.
- Martín García, Óscar, «La polis paralela. Espacios de participación política en el franquismo final», en Miguel Ángel del Arco, Carlos Fuertes, Claudio Hernández y Jorge Marco (eds.), *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Editorial Comares, 2013: 195-208.
- Martín, Óscar, González, Daniel y Ortiz, Manuel, «“Envenenando a nuestra juventud”. Cambio de actitudes y militancia juvenil durante el segundo franquismo», *Historia Actual Online*, 20 (Cádiz, 2009):19-33.

- Martínez Martínez, Enrique, *La educación cívico-social en el bachillerato español (alumnos) entre 1940 y 1977*, Barcelona, Universidad de Barcelona, tesis doctoral inédita, 1981.
- Mesa Garrido, Roberto, *Jaraneros y alborotadores: documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.
- Molinero, Carme e Ysàs, Pere, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008.
- Morán, María Luz, «Las aportaciones del análisis sociopolítico al estudio de la socialización y la cultura políticas del franquismo», en Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo español*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013: 401-420.
- Murillo Ferrol, Francisco y Jiménez Blanco, José, *La conciencia de grupo en los escolares de la Universidad de Valencia*, Madrid, Instituto Balmes de Sociología, 1958.
- Passerini, Luisa, *Autobiography of a generation, Italy 1968*, Middletown CT, Wesleyan University Press, 1994.
- Reig, Ramiro, «Universidad y movimiento obrero. Los estudiantes se “proletarianizan”», en Benito Sanz y Ramón Bello (eds.), *Memoria del antifranquismo. La Universidad de Valencia bajo el franquismo*, Valencia, Universitat de València, 1999: 413-420.
- Rodríguez Barreira, Óscar, «Historia y memorias de la construcción de un espacio libre. El Colegio Universitario de Almería, 1962-1979», en Alfonso Martínez Foronda (coord.), *La cara al viento: estudiantes por las libertades democráticas en la Universidad de Granada (1965-1981)*, Sevilla, Fundación de Estudios Sociales / El Páramo, 2012: 912-995.
- Rodríguez López, Sofía, *El patio de la cárcel. La Sección Femenina de FET-JONS en Almería (1937-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010.
- Rodríguez Tejada, Sergio, *Zonas de libertad: dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de València, 2009, vols. 1 y 2.
- Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- Ruiz Carnicer, Miguel Ángel, «Los estudiantes de la Universidad de Valencia en el franquismo (1939-1965). Del encuadramiento político a la agitación social», *Saitabi*, 49 (Valencia, 1999): 125-153.
- Sáez Marín, Juan, *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la postguerra (1937-1960)*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- Sánchez Durá, Dolores y Masià, Pascual, «Movimientos estudiantiles», en Marc Baldó (ed.), *Historia de la Universidad de Valencia. Vol. III: La Universidad Liberal (siglos XIX-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2000: 275-286.
- Sevillano Calero, Francisco, *Ecos de papel: la opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- Torregrosa, José Ramón, *La juventud española. Conciencia generacional y política*, Barcelona, Ariel, 1972.

- Valls, Rafael, *Historia y memoria escolar: Segunda República, Guerra Civil y dictadura franquista en las aulas (1938-2008)*, Valencia, PUV, 2009.
- Wolle, Stefan, «“Continua el seu eurs socialista”. Comportaments quotidians i conformitat amb el sistema a l’RDA dels anys vuitanta», *Afers*, 35 (Catarroja, 2000): 61-69.
- Ysàs, Pere, *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.

Recibido: 01/09/2021
Aceptado: 05/09 2022